

## **La evolución de la reencarnación y del karma**

Por Santiago Rodríguez

Muchas personas concebimos la vida como un sistema previsto por la Deidad para que tras vivir experiencias, caminemos, aprendamos y evolucionemos, de manera que el caminar constante y continuado vaya despertando en nosotros una conciencia de la realidad espiritual en primer lugar, y después un impulso hacia la voluntad de la Deidad, la voluntad del Padre Universal. En otras palabras, un recorrido continuado que nos acercará progresivamente hacia la perfección, hacia la comunión con ese Padre, que es el origen y el destino de todo y de todos.

A diferencia del aspecto material de la realidad, en el que por medio de la razón y la observación podemos ir avanzando, no consta que en el caso del aspecto espiritual de la realidad, la razón –el razonamiento lógico- sea precisamente la herramienta más potente para su desarrollo y para su actualización en nosotros mismos, por lo que hemos de depender en gran medida de otro mecanismo establecido por la Deidad para ayudarnos en nuestro progreso: la Revelación.

La Revelación, independientemente de la forma en la que se ha ido manifestando a lo largo de la historia, se ha caracterizado por ser y haber sido siempre progresiva; siempre ha ido adaptándose al estado evolutivo de la sociedad y de la cultura en la que se manifestaba, con el fin de ir calando en la mente de los mortales de la época, y que fuera lo suficientemente progresiva como para ampliar la conciencia y permitir un avance en ideas, que indudablemente nos encaminaría hacia un enriquecimiento de ideales, pero al mismo tiempo no ser tan novedosa como para que rompiera los ideales logrados y alcanzados por la cultura, por la sociedad en la que aparece.

Es el hombre mortal de cada época el que tiene que ingeniárselas para correlacionar – para unificar - su conocimiento y comprensión del medio ambiente físico-material, con las ideas novedosas que la revelación le va proporcionando, construyendo de esta manera una teoría que en sus aspectos filosóficos, físicos y teológicos sea consistente con los conocimientos e ideas de la época y tratar de solucionar los temas conflictivos en los que aparezcan contradicciones, puesto que la realidad es única, y ha de estar integrada simultáneamente por sus dos aspectos constituyentes: el energético-material o físico y el espiritual.

Desde muy antiguo nos fue revelado que el hombre tenía un destino último, que podemos resumir como el hecho de espiritualizarse y encontrarse con la Deidad y ser uno con Él.

Desde muy antiguo nos fue revelado que el camino era largo y que difícilmente se podía recorrer en una sola vida; por eso la Deidad había previsto numerosas vidas y numerosos cuerpos como receptáculos de la esencia del ser humano,

que le permitieran experimentar, aprender y progresar en su tarea de perfeccionamiento.

Teníamos una idea revelada: es cierto que hay vida después de la muerte, hemos de vivir numerosas vidas para aprender, para evolucionar y crecer espiritualmente y como el proceso de espiritualización no se puede dar en una sola etapa, nos irán proporcionando sucesivos cuerpos para tal fin.

Tenemos constancia en nuestra vida cotidiana de la experiencia fenomenológica de la causalidad; es decir, reconocemos que cada acción conlleva asociado inevitablemente un efecto o consecuencia; nos es revelado también que nuestras acciones serán juzgadas y traerán asociadas las consecuencias que de ellas, las acciones, y del juicio sobre ellas, se deriven.

Si nos ponemos en el lugar de nuestros antepasados de cientos o miles de años atrás en el tiempo, si intentamos aplicar la lógica y el razonamiento a la luz de los conocimientos de la época, nos veremos en la necesidad de correlacionar la verdad revelada con lo que ellos observaban y conocían del medio ambiente. Que las causas arrastraban consecuencias era un hecho incuestionable.

Era y es un hecho innegable la gran satisfacción de conseguir algo con el propio esfuerzo, de manera que observaríamos que, cuanto más esfuerzo pusiéramos en ello y si incluso iba acompañado de cierto sacrificio, la recompensa emocional al conseguir el objetivo era mayor.

Por ello nos parecería lógico “ofrecer” a la Deidad aquello de más valor para nosotros, con lo que la idea del “sacrificio” para satisfacer a la Deidad era una consecuencia inevitable de nuestro proceso de pensamiento. A cambio, la Deidad nos proporcionaría contraprestaciones acordes a nuestro sacrificio y a nuestras acciones.

Por otro lado, nuestra percepción del mundo energético-material estaba limitada a la observación del mundo como nuestro entorno inmediato (lo que hoy llamaríamos nuestro planeta) y reservaríamos el mundo de las estrellas (etéreo y alejado) para el mundo espiritual.

Conceptualmente éramos incapaces de ni siquiera cuestionarnos la posibilidad de la existencia de otras Tierras u otros mundos habitados o habitables. Por lo que nuestra lógica nos había de encaminar a un único escenario posible para las sucesivas vidas a vivir, que sería nuestro propio planeta, y como únicos cuerpos observables que son de naturaleza no espiritual, nuestros propios cuerpos o los de los seres vivos que nos rodean, de ahí la lógica de la idea de la trasmigración de las almas.

También observábamos que la mayoría de los seres humanos no eran conscientes de haber vivido otras vidas anteriores, y si lo hacían era de una forma vaga e imprecisa.

Hay que reconocer que con estos elementos revelados y procedentes de la observación a integrar y correlacionar, dan como teoría filosófico-teológica más coherente la idea de la Reencarnación y el valor del Karma como elemento intercambiado con la Deidad como contraprestación a nuestras acciones, así como la idea del Sacrificio como elemento enaltecedor de nuestros méritos y valores.

Creo importante manifestar que tanto el Karma como la idea de la Reencarnación son coherentes y lógicas a la luz del conocimiento de la época. Incluso hoy son completamente válidos, hasta ahora han servido y aún hoy sirven como respuesta a muchas preguntas que nos van acercando al ideal de la Deidad, de la divinidad, sólo que quizá merezca la pena tener en cuenta alguna observación, hay que ir un poco más allá, merecería la pena considerar un pequeño cambio en la interpretación de los conceptos y en la comprensión del universo.

La “Reencarnación”, entendida como el proceso mediante el cual vivimos en un sistema de ciclos consecutivos en los que tras nacer y vivir la vida que por otro lado, vendrá marcada por las presuntas experiencias previas de vidas anteriores, también vividas en la carne, como seres humanos de otras épocas, o incluso como animales u otros seres, en función y como consecuencia de nuestro karma, podríamos modificar su enfoque o punto de vista.

Podríamos avanzar en su concepción, dar paso a otras posibilidades que no invalidarían en absoluto nuestras antiguas creencias, sino que estamos contemplando la posibilidad de actualizarlas a la luz de nuevas revelaciones, y a la luz de nuevos conocimientos científico-tecnológicos.

Conceptos que nos permitirán correlacionar, unificar más eficazmente nuestra realidad dual. Nos permitirá adquirir la idea de un Padre Universal de Amor, y ser conscientes de nuestra filiación divina, apartando los miedos innecesarios y el permanente temor al castigo divino, y trascender el concepto de sacrificio como lo más elevado que somos capaces de ofrecer a la Deidad; podemos admitir que resulta más edificante y más elevada la concepción de un sistema de evolución no sólo cíclico, sino en una espiral ascendente hacia el Padre Universal, en la que tienen cabida los conceptos de sucesivas vidas que siempre mejoran las anteriores, al igual que sucesivos cuerpos acordes a los nuevos lugares donde viviremos las diferentes vidas; a fin de cuentas el cuerpo sigue siendo un medio de expresión y de realización de la esencia divina que habita en nosotros.

Por supuesto tendremos que ser consecuentes con nuestros actos y sufrir o disfrutar de las elecciones que libremente escojamos pero quizá no con la perspectiva de un sistema cíclico reiterativo, sino con la de una espiral progresiva ascendente que será más edificante para la personalidad, en la que las acciones no vendrán dictadas ni por el temor ni por la idea del sacrificio, sino por el deseo sincero de hacer la voluntad del Padre y el deseo altruista de entrega, de servicio al cosmos entero, tanto al personal como al no personal que nos rodea.

Pues en definitiva lo que buscamos es encontrarnos o, según se mire, re-encontrarnos con el Creador.